

junto europeo. He visto que, si bien hay una depresión en España, también se puede hablar en general de una depresión en otros países europeos. En ese momento, e incluso antes, porque en el terreno de la política mi pensamiento iba en esa línea, decidí que sería más interesante invocar un contexto europeo que seguir con esa idea ya caduca del excepcionalismo español. Además, hay otra explicación, hasta cierto punto literaria, que es que para hacer interesante y accesible la historia española a los no españoles era preciso dar puntos de referencia y mostrar los contactos y semejanzas con el resto de Europa. Por estas dos razones, y por mi propia formación, mi pensamiento ya iba por ese lado.

J. D.: *Sí, usted ya en su libro España Imperial comenta que la crisis española del siglo XVII debe entenderse en un contexto más amplio. De hecho, si no me equivoco, usted llega a decir que a pesar de las sucesivas crisis económicas por las que atraviesa el Imperio bajo el reinado de Felipe II, la situación no tenía un carácter irreversible, y marca el límite en los últimos años de gobierno del Conde Duque de Olivares. Es en ese momento cuando España pierde el tren.*

J. H. E.: Sí, sí, exacto. Esa sigue siendo mi visión.

J. D.: *Hay una frase final de su estudio que me parece muy significativa, precisamente por lo que tiene de paradoja: «Una de las tragedias de la historia de Castilla fue que a finales del reinado de Felipe II se halló en una situación en la que parecía que su adaptación a las nuevas realidades económicas sólo podía realizarse al precio de sacrificar sus más queridos ideales»¹.*

J. H. E.: Exacto. A mi modo de ver, es una cuestión en el fondo más política que económica; política y cultural. Y hay que intentar entender el *mindset*, la mentalidad de estas nuevas generaciones de dirigentes que controlan España en el siglo XVII. Un tema que ha salido bastante en mis obras, por ejemplo en la biografía del Conde Duque, y que me impresionó mucho a raíz de mi lectura de las consultas del Consejo de Estado durante las primeras cuatro décadas del siglo XVII, es el tema de la reputación: esta gente está luchando por el prestigio y la reputación de su rey y de su país.

¹ John H. Elliot, *La España Imperial*, trad. de J. Marfany, Círculo de Lectores, Madrid, p. 2.

Y claro, cuando uno está metido en esta lucha por salvar la cara, es muy difícil adaptarse a las nuevas realidades económicas o políticas. Son generaciones, pues, con una mentalidad muy especial, muy comprensible por otra parte, y yo me he esforzado por comprender por qué pensaban de este modo. Hay que añadir, no obstante, que esto tampoco es exclusivo de España, porque en mi propio país, precisamente, hemos asistido al final de una sociedad de mentalidad imperial. Y las dificultades son evidentes. Después de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, cuando ya habíamos perdido el imperio, la crisis del canal de Suez dejó claro que nuestros dirigentes seguían pensando con una mentalidad imperialista. Y algo muy parecido ocurrió en la España del siglo XVII, con sus problemas de reajuste a una nueva situación. Por esta razón, tal vez, he tenido una cierta empatía con los españoles del XVII, porque era muy consciente de los problemas de nuestra situación durante la posguerra.

J. D.: Da la impresión, por otra parte, de que esa decadencia coincide con un momento de gran inquietud intelectual en el resto de Europa, lo que se traduce no sólo en la evolución del pensamiento sino también en un súbito desarrollo de la tecnología. ¿Qué provocó que España perdiera el tren? ¿Qué fallaba en el clima intelectual español?

J. H. E.: La pregunta es difícil. No hemos llegado todavía a una explicación, pero es evidente la importancia de la censura y la autocensura. Hay que pensar en el papel de la Inquisición y de la Iglesia Católica, y lo que se advierte enseguida es que los grandes avances intelectuales del XVII se producen en países con cierto grado de tolerancia. Como yo, en parte tal vez por mis estudios, soy partidario del pluralismo en todo, creo que hay más posibilidades de vivacidad y vitalidad intelectual en una sociedad que admite grupos y puntos de vista muy diversos. Es verdad que la España del XVII no fue monolítica, ni mucho menos: pero fue más monolítica que Holanda o Inglaterra, y por esta razón tuvo más dificultades de adaptación. Claro que hubo círculos de eruditos, como por ejemplo el de Sevilla a finales de ese siglo, que se interesó por los adelantos de la medicina, pero lo tenían muy difícil. Y las universidades, desde luego, estaban dormidas.

J. D.: Y el peso del catolicismo, con su censura, su tradición escolástica, su énfasis en el ritual...

J. H. E.: Un peso indudable, sí.

J. D.: *El protestantismo, por el contrario, daba más importancia al individuo. Y hay una relación clara entre protestantismo y empirismo.*

J. H. E.: Hay que tener en cuenta, asimismo, que había varios grupos de protestantes. No todos eran anglicanos, también había cuáqueros, calvinistas, etcétera.

J. D.: *Su trabajo no sólo exhibe un deseo de comprensión, como ya hemos visto, sino un respeto escrupuloso a los datos y un intento por enfrentarse a los hechos de una manera abierta, sin prejuicios, que en cierto modo es parte de un intento más amplio por dar cabida a otros aspectos de la historia que estaban fuera del espectro de la escuela de Annales. Es decir, usted ha heredado la visión de la historia de Fernand Braudel, la historia entendida como trama de intereses y fuerzas económicas, pero le ha añadido preocupaciones que tal vez pertenecían más al ámbito de la historiografía tradicional.*

J. H. E.: Yo empecé, desde luego, con la aspiración y ambición de escribir una «historia total» al estilo de Fernand Braudel. Cuando uno leía los libros de texto de la historia de España de los años cuarenta y cincuenta, se veía de inmediato que era una historia política, absurdamente estrecha. Por esta razón, y porque mi deseo era imbricar en un todo las historias política, económica y cultural, siempre hui de esos compartimentos artificiales. Además, siempre he estado relacionado con los departamentos de español y me ha interesado el Siglo de Oro y la historia de la literatura. Es algo que no se puede dejar de lado, porque es *evidence*, material que condiciona lo que uno va haciendo.

J. D.: *Un rasgo fundamental de su escritura es su carácter narrativo...*

J. H. E.: Sin duda. Yo siempre he sido partidario de la historia narrativa, porque es mucho más difícil de escribir de lo que dice la gente. Es lo más difícil. Sobre todo si te dedicas a la historia total. Si no hay narración, pierdes a tus lectores, y siempre he sido muy consciente de que escribía sobre un país desconocido para un público que en principio no tenía mucho interés por él. Si la gente iba a leerme, tenía que hacer apasionante esa historia, y la manera más fácil de lograrlo es tener una buena línea narrativa. Es la única manera de captar y mantener la atención del lector.

J. D.: *¿Qué juicio le merecen las nuevas tendencias de la historiografía, como la historia de las mentalidades o el llamado «revisionismo» de algunos historiadores ingleses?*

J. H. E.: Bueno, yo he vivido muchos ciclos, empezando con la historia económica, con *Annales* y los marxistas de los años sesenta y setenta. Después se dio una reacción contra el predominio de la economía y creció el interés por la historia cultural. Y luego, en Inglaterra, hemos asistido durante los años ochenta a lo que se ha dado en llamar «revisionismo», que ha vuelto a preocuparse por la alta política. Pero todos estos tipos de historia me parecen hasta cierto punto deficientes, porque no llegan a ser historia total. Son visiones deformadas, parciales, y por esta razón ninguna de ellas me satisface: la historia cultural o social o económica tomada individualmente me parece incompleta.

J. D.: *Además, el historiador corre el peligro de atomizar el pasado.*

J. H. E.: Sí, yo estoy convencido de que hay que mantener esta visión general.

J. D.: *Usted ha dedicado un número importante de años de su madurez como historiador a preparar la biografía del Conde Duque de Olivares. ¿Que le atrajo del personaje?*

J. H. E.: Bueno, no es un personaje muy simpático, todo hay que decirlo, pero precisamente porque es bastante antipático, ponerse en su lugar fue un esfuerzo importante. El Conde Duque domina tanto esas dos décadas, los años veinte y treinta del siglo XVII, y los fracasos fueron tan importantes para el futuro de España, que valía la pena estudiarlo. Y me pareció que por medio de un estadista uno podía tal vez adentrarse más en la historia de la época y evitar el tono árido de otros recuentos. Claro que el Conde Duque no es un personaje típico, ni mucho menos, pero no es mala estrategia estudiar una sociedad sobre la base de un hombre que tenía en cierta medida el destino de esa sociedad en sus manos y que estaba en relación con la cultura de su época, la vida económica, etcétera. Por otra parte, hay riesgos en este acercamiento a la historia a través de la biografía y he sido muy consciente de ellos. Acabas conociendo tan bien a ese señor que tienes siempre que luchar contra la tentación de caer en el partidismo. Empecé a escribir cuando advertí que, si bien podía encontrar más datos en la documentación, nada era ya capaz de sorprenderme, y cuando cesan las